

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
<http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm>

EMETERIO S. SANTOVENIA

HUELLAS
DE
GLORIA

FRASES HISTORICAS CUBANAS

SEGUNDA EDICION

EDITORIAL TROPICO
LA HABANA

ES PROPIEDAD
Copyright, 1944, by Emeterio S. Santovenia

Primera edición: 1928
Segunda edición: 1944

DIBUJOS DE ESTEBAN VALDERRAMA

Obra recomendada para la Biblioteca
del Maestro por la Junta de Superin-
tendentes de Escuelas de la República
de Cuba.

PRINTED IN CUBA

Imp. Seoane Fernández y Cía., Compostela 661, La Habana

PALABRAS DE VARONA

Sr. Dr. Emeterio S. Santovenia.

Mi muy estimado amigo:

He leído con honda emoción estas páginas en que ha puesto V. su espíritu fervoroso. HUELLAS DE GLORIA las llama V.; y ¡qué a tiempo nos las muestra, cuando todo parece conspirar en torno nuestro para que se vayan borrando de la memoria! Entre este ruido vocinglero de los que viven al día, suena su acento de patriota, recordando que Cuba recorrió ayer mismo su *vía crucis*, animada por la espléndida esperanza de llegar a un Tabor todo de luz de aurora.

Cada sentencia que pone V. de relieve nos incita a meditar en el alto deber que nos imponen nuestros insignes precursores. Esta época, como todas las demás en el proceso del mundo, va trayendo nuevas condiciones dentro de las cuales se ha de realizar la vida. Por lo mismo importa grandemente no dejar que se pierdan las enseñanzas del pasado; sobre todo si son, como las contenidas en su bello libro, pruebas insignes de amor patrio, de alta humanidad, de abnegación, de heroísmo. Nos dicen lo que fueron

JUN 25 54 U of M Bindery

CUADRO SINOPTICO

- 1823 Descúbrese la conspiración de los Soles y Rayos de Bolívar, primer vasto movimiento por la independencia. Su campo de acción principal comprende la parte occidental de la Isla. José María Heredia, complicado en la conspiración, logra fugarse de Cuba. Fracasado el proyecto revolucionario, al fallarse la causa, a fines de 1824, hay 602 procesados. Todo termina sin efusión de sangre.
- 1826 Marzo 16. Son ahorcados, en la plaza pública de la ciudad de Puerto Príncipe, Francisco Agüero y Velazco y Manuel Andrés Sánchez, los protomártires de la independencia de Cuba.
- 1834 El Capitán General de la Isla, Miguel Tacón, decreta el destierro de José Antonio Saco.
- 1837 Prodúcese la completa ruptura política entre Cuba y España.
- 1848 Narciso López organiza en territorio de Las Villas una conspiración, que fracasa. López huye de Cuba.
- 1850 Mayo 19. En el buque de vapor *Creole*, al frente de una expedición guerrera, llega a la ciudad de Cárdenas, tomándola, Narciso López. En el ataque a la casa del gobernador de la plaza, dos balas derriban al lugarteniente de López, Ambrosio José González, el primer cubano herido en combate contra fuerzas españolas por defender la independencia patria. Por primera vez ondea en Cuba la bandera de la estrella solitaria. In-

diferente la población al esfuerzo invasor, el mismo día vuelven al *Creole* y ponen proa a Key West los expedicionarios, a quienes se les unen 25 soldados del regimiento de León y 7 negros esclavos.

- 1851 Agosto 12. Narciso López, sin haber dado paz a su espíritu luego de los sucesos de Cárdenas, desembarca en las Playitas del Morrillo, en la costa Norte de Vuelta Abajo, a la cabeza de otra expedición, la del buque de vapor *Pampero*, compuesta de 434 hombres. De éstos son cubanos 44, comandados por Ildefonso Oberto. La falta de preparación en el país para recibir la invasión y el cúmulo de fuerzas con que la acosan por todas partes los españoles producen la ruina de la empresa guerrera en medio mes. De los hombres llegados a Cuba en el *Pampero*, perseguidos encarnizadamente, sólo quedan con vida 176. El jefe supremo, López, pierde la suya en el garrote, en La Habana, el 1º de septiembre, veinte días después de su postrer arribo a la Isla.
- Agosto 12. Son fusilados, en Puerto Príncipe, Joaquín de Agüero y Agüero, Fernando de Zayas, José Tomás Betancourt y Miguel Benavides a causa de la rebelión el 4 de julio iniciada en Camagüey por Agüero.
- Agosto 18. Son fusilados, en Trinidad, Isidoro de Armenteros, Rafael Arcis y Fernando Hernández Echarri, los promotores de la insurrección de aquella comarca.
- 1855 Marzo 22. Es ejecutado, en La Habana, Ramón Pintó, jefe de una conspiración tramada en distintos lugares de la Isla.
- Marzo 31. Es ejecutado, en La Habana, Francisco Estrampes, aprehendido en Baracoa al arribar en una goleta norteamericana armada en son de guerra contra el poder colonial.
- 1868 Octubre 10. En su ingenio *La Demajagua*, en Manzanillo, Carlos Manuel de Céspedes inicia

una revolución contra España, proclamando la independencia de Cuba. El mismo día concede la libertad a sus esclavos. Por la noche, al penetrar en el pueblo de Yara, que va a dar su nombre a la revolución, sufre serio descalabro, que pone a prueba su entereza.

- Octubre 20. Los cubanos en armas, al cabo de tres días de asedio, toman la ciudad de Bayamo. Los revolucionarios entonan *La Bayamesa*, el himno patriótico, obra de Pedro Figueredo. La guerra ha cundido por todo Oriente.
- Noviembre 4. Los camagüeyanos, en el Paso de las Clavellinas, se lanzan a la contienda.
- 1869 Febrero 6. Los revolucionarios de Las Villas, pronunciándose en San Gil, secundan la guerra, ya en marcha en Oriente y Camagüey.
- Abril 9. Mueren agarrotados, en La Habana, Francisco León y Agustín Medina.
- Abril 10. Reúnense en Guáimaro los próceres de la revolución. Orientales, camagüeyanos y villareños llegan a acuerdos definitivos. Constitúyese la Asamblea Nacional, que vota el código fundamental y adopta como forma de gobierno la republicana.
- Abril 11. La Asamblea Nacional, terminada la labor constituyente a ella encomendada, se disuelve. Sus componentes, con la sola excepción de Carlos Manuel de Céspedes, pasan a integrar la Cámara de Representantes. Elige ésta Presidente de la República a Céspedes.
- Septiembre 9. Muere, en Lázaro López, en acción de guerra, Angel del Castillo.
- 1870 Mayo 7. Muere agarrotado, en La Habana, Domingo de Goicouría.
- Mayo 14. Mueren agarrotados, en La Habana, los hermanos Diego y Gaspar Agüero.
- Agosto 17. Muere fusilado, en Santiago de Cuba, Pedro Figueredo.

Cuba libre, o aquí fué Cuba



Gaspar Betancourt Cisneros



HIJO de Camagüey, donde nació el 29 de abril de 1803, Gaspar Betancourt Cisneros enalteció aquella región. Pero no fué solamente el amor al terruño lo que en él vivió. La patria común, Cuba, también tuvo en *El Lugareño* un servidor insigne. Recibida parte de su educación en Puerto Príncipe, marchó, aun no cumplidos los veinte años, a los Estados Unidos de América. Allí, penetrado del deber en que estaba de contribuir al mejoramiento político de Cuba, comenzó a laborar en este sentido. Fué, para honra suya, uno de los que se dirigieron a Simón Bolívar, el Libertador, en demanda de la intervención de su espada y sus ejércitos en favor de la independencia de Cuba.

De regreso en la Isla en 1834, sobre el terre-

no prosiguió la obra de buscar el engrandecimiento patrio. Su acción no reconoció límites ni obstáculos. Siguió pensando en la manera de sacudir el yugo de la dominación secular. Prestó atención a todas las manifestaciones de la vida pública, desde la instrucción primaria, a que consagró esfuerzos personales, hasta la realización de empresas de la importancia del ferrocarril de Puerto Príncipe a Nuevitas. No menos significativo y generoso fué el acto de otorgar la libertad a sus esclavos. La *Gaceta de Puerto Príncipe* y *El Fanal* dieron a la publicidad los numerosísimos escritos en que *El Lugareño* reveló su talento, su cultura y la hidalguía de su corazón.

Lo que eran sus producciones y sus afanes lo dijo el propio Betancourt Cisneros. No escribía para formar partidos, ni para crearse aura popular. Si tales hubiesen sido sus intenciones, habría adulado a las mayorías, lisonjeado las pasiones del pueblo o puéstose a la sombra de los gobernantes y de los grandes. Amigo sincero y leal de sus compatriotas, no necesitaba halagar ni a unos ni a otros, ausentes ni presentes, ni tenía para que emplear otros medios que sus derechos privativos. Para él, el amor a la patria consistía no en frases huecas, sino en servicios públicos, personales, efectivos, desinteresados, y el mejor patriota era y sería siempre el capaz de deparar más y mayores bienes a la comunidad, no quien más y mayores alabanzas le prodigase.

Muchas veces la fortuna le fué adversa. Las vicisitudes políticas de Cuba lo llevaron a la emigración en las postrimerías de la primera mitad del siglo XIX. En suelo extranjero buscó solu-

ción al problema patrio. Figuró entre los partidarios de la anexión de la Isla a los Estados Unidos de América. La desesperación lo indujo a preferir un mal a otro mal, cuando la cuestión debía seguir manteniéndose sobre la base de lograr la independencia. No era para Betancourt Cisneros la anexión un sentimiento: era un cálculo, la ley imperiosa de la necesidad. Observaba que los adictos a la anexión formaban dos grupos. Uno buscaba el modo de conservar los esclavos. Otro creía encontrar en aquella fórmula política el plazo que, evitando la emancipación repentina de los esclavos, diese tiempo a tomar medidas salvadoras, como duplicar en diez o veinte años la población blanca e introducir máquinas, instrumentos, capitales e inteligencias que reemplazasen o variaran los medios de trabajo y de riqueza. Su orientación obedeció fundamentalmente a la exigencia, que juzgaba premiosa, de mejorar por el cruzamiento la familia cubana.

Los sucesos cambiaron de matiz con el transcurso del tiempo. Pero Betancourt Cisneros jamás dejó de ser, según las palabras de Manuel de la Cruz, separatista convencido, inquebrantable, firmísimo. En el seno de una asamblea celebrada en 1854, en Nueva Orleans, proclamó que la independencia de Cuba era el primer artículo de su programa revolucionario. Decepcionado y abatido, volvió a la Isla en 1861. El resto de su vida, extinguida, en La Habana, el 7 de diciembre de 1866, fué ya pesaroso y amargo, aunque esperanzado él sin duda de que surgiese en su tierra el espíritu de la rebeldía que, al cabo, en 1868 se levantó potente y decidido.

Contemplar potente y decidido el espíritu de la rebeldía contra el poder que tiranizaba a Cuba resultó el sueño de toda su existencia. Persuadido estaba de que la revolución era inevitable y de que tenía que desarrollarse entre escollos y reveses. Había que aceptarla con sus graves consecuencias. Una vez lanzados los cubanos en ella, la alternativa consistía en sacar a Cuba libre o hundirse en sus ruinas. Tal fué el pensamiento—más adelante emitido al grito de *¡Independencia o muerte!*— que en 1851, el año terrible de los precursores, quiso expresar con estas palabras:

—*Cuba libre, o aquí fué Cuba.*

Ve, cumple con tu deber, y que cuando vuelva a abrazarte seas un hombre libre

Ana Josefa de Agüero



AS mujeres de Camagüey contribuyeron a la consecución de la independencia de Cuba. Sus arrestos fueron guía y acicate en los esfuerzos organizados y desarrollados con tamaña finalidad. Coadyuvaron con inteligencia y amor a la creación de la nacionalidad llamada a sustituir las miserias morales de la Colonia. Animaron y decidieron a los irresolutos cada vez que se pensó en arrasar con la guerra el predominio de la maldad. Madres, compañeras e hijas, en la manigua heroica apuraron el sacrificio, derramaron su sangre y dieron sus

sus deseos de verlo por última vez. Hizo inquirir de él si tendría fuerzas bastantes para semejante despedida. El hijo contestó:

—*Diganle que ya tarda en venir.*

*Mi muerte no cambiará
los destinos de Cuba*

Narciso López



INICIADA el 13 de septiembre de 1798, la vida de Narciso López tocó las más contradictorias situaciones en el problema de la emancipación americana. En su juventud encontró a Venezuela, su patria, trabajando por hacerse libre. Su lanza se alzó para ayudar a los enemigos de la independencia. Continuando al servicio de los ejércitos reales, luego de ser éstos expulsados de Venezuela, pasó a Cuba y a España. En España obtuvo concepto de militar aguerrido y valiente y altas preeminencias. Trasladado a Cuba y nombrado teniente gobernador de la jurisdicción de Trinidad, allí tomó forma su evolución hacia los principios

antes combatidos. Por su compenetración con los gobernados, negándose a emplear la opresión burocrática propia de aquella época de la historia de Cuba, fué separado del cargo. Rompió entonces, en el mundo de sus pensamientos, la alianza que a España lo había unido. Los incondicionales de España, a su turno, lo espiaron, lo persiguieron, lo acosaron. Surgieron así dos bandos irreconciliables. Tras el fracaso del movimiento que debió estallar en Las Villas a mediados de 1848 y la toma de Cárdenas el 19 de mayo de 1850, empeñado López en no abandonar el proyecto de arrojar de Cuba a las autoridades españolas, sobrevino la expedición del *Pampero*, generadora de una lucha encarnizada, sin cuartel, entre el caudillo y sus adversarios.

Comprendió Narciso López, apenas organizadas las operaciones que siguieron a su desembarco en las Playitas del Morrillo, el 12 de agosto de 1851, que el país no lo secundaba. En Vuelta Abajo, de igual modo que en Puerto Príncipe y en Trinidad, el pueblo no había penetrado en el sentido de la revolución, ni se había detenido, consiguientemente, a analizar la pureza de los medios empleados ni el alcance de sus consecuencias. No faltaban defensores del ideal cubano, prontos a la inmolación. Pero no se experimentaban los efectos de la acción intensa de un partido o la extraordinaria de un apóstol. Los conspiradores de la víspera abandonaron al invasor. Los españoles, en diversas columnas, echaron numerosas fuerzas sobre él, que se alejó de Las Pozas, se internó en el bosque, peleó en el asiento de El Cuzco, vivaqueó en Peña Blanca, repelió

fiera acometida en el cafetal de Arrasti y sostuvo en el de Frías combate contra otro general, Manuel de Enna, quien, mortalmente herido, no tardó en sucumbir. La desgracia lo condujo a saber cómo sus soldados, hechos prisioneros en Bahía Honda, en Candelaria, en San Cristóbal, en plena selva, eran fusilados sin forma alguna de proceso. Realizó un postrer esfuerzo en Martitorena al enfrentarse a la tropa mandada por Elizalde. Disperso el contingente insurrecto, vagando a la ventura, ya por el demolido ingenio *Aguacate*, ya por las serranías de Arroyo Grande, en la vertiente meridional de la cordillera de los Organos, por cumbres casi inaccesibles, bajo los rigores de un cruel temporal de agua, fué López a caer en manos de un traidor, protegido suyo de otros días, José Antonio Castañeda, quien lo entregó, en Pinos del Rangel, el 29 de agosto de 1851, a sus enemigos.

La campaña de Vuelta Abajo, no menos desastrosa que breve, sirvió a los adversarios de la independencia de Cuba para asestar el golpe de gracia a los esfuerzos redentores realizados por López. Apenas enterados de su proximidad a playas cubanas, se excedieron en diligencias para recibirlo con recia hostilidad. A despecho de sus afanes, de la actividad de sus tropas y del denuesto con que afrontó la brega, desde la acción de Las Pozas, a poco de desembarcar en las Playitas del Morrillo, hasta el trance de Pinos del Rangel, el infortunio se obstinó en perseguir a los expedicionarios del *Pampero*.

La furia de los intransigentes se desató sobre Narciso López tan luego como se consumó el

desastre de Pinos del Rangel. Una vez aprehendido, lo trasladaron de San Cristóbal a Mariel, pasando por Guanajay, donde un español noble, Manuel Bustamante, tuvo abiertos sus brazos para el caído. De Mariel a La Habana lo condujeron en el bajel *Pizarro*. A las ocho de la noche del 31 de agosto llegó López a la capital de la Isla. Todo, a partir de ese momento, fué tormentosamente acelerado. En las horas transcurridas de las once de aquella noche a las siete de la mañana del 1° de septiembre de 1851, entró en capilla, dictó sus disposiciones de última voluntad y subió las gradas del patíbulo, levantado en el campo de La Punta. Al borde ya de lo desconocido, brotaron de sus labios estas palabras proféticas:

—*Mi muerte no cambiará los destinos de Cuba.*

*O España concede a Cuba
derechos políticos, o Cuba
se pierde para España*

José Antonio Saco



PARTIR de los últimos días del primer tercio del siglo XIX la personalidad de José Antonio Saco se manifestó en términos alarmantes para las autoridades coloniales. ¿Por qué? Porque el profesor y publicista no se detuvo ante la necesidad de hablar el lenguaje de la verdad, aun a despecho de la arrogancia y del enojo de quienes mandaban. Lo que él estimaba que era su deber ineludible lo colocó en estado de peligro. En una época de tiranía política, bajo el imperio del sable, sin ley ni freno para las órdenes y resoluciones

¡De prisa, de prisa!

Ramón Pintó



EN la ascensión de Cuba a su independencia hubo hijos de España que lograron distinguirse al servicio de la patria nueva. Uno de ellos fué Ramón Pintó y Llinás. Hombre de claro talento y refinados sentimientos, comprendió, ante las desgracias de Cuba, sumida en el despotismo, la justicia de las aspiraciones de aquellos cubanos que se movían en pos de la libertad. No titubeó en la elección de la senda que debía seguir, colocado en el trance de ser un testigo indiferente, cuando no un servidor eficaz, del régimen de la esclavitud, o de empeñarse en la lucha del oprimido contra el opresor. La firmeza de su conciencia lo puso en franca actitud de precursor, bregando por todos los medios y contra muchos escollos, y su conducta se deslizó sobre la línea del deber.

Nació en Barcelona, en los albores de julio de 1803. Después de obtener una buena educación en España y de intervenir en los movimientos políticos de la época, se trasladó a Cuba en 1824, provisto de excelentes recomendaciones. Logró en La Habana acrecentar sus prestigios. En 3 de octubre de 1834 contrajo matrimonio con Mariana Payne. Creó así el pacto de familia y los vínculos de sangre que, según las palabras de Juan Arnao, lo unieron estrechamente a Cuba. En el Liceo de La Habana, que dirigió, y en el *Diario de la Marina*, del que fué cofundador y colaborador asiduo, evidenció su valía y sus empeños por el progreso moral del país. Con exactitud, en medio de tales hechos, pudo pensarse que en Pintó tenía Cuba un servidor fecundo.

Ante el cuadro creado por gobernantes que parecieron empeñados en arraigar la desconfianza y el odio en el seno de la Colonia, Ramón Pintó se sintió ligado a quienes gemían. Los desastres de López, Agüero y Armenteros y la ruina de la conspiración de Vuelta Abajo no amilnaron su espíritu. Pretendió unir a todos los oprimidos, blancos y negros, ricos y pobres. Soñó, mediante un plan atrevido, con ramificaciones en muchas partes de la Isla, conquistar la independencia de Cuba. Se halló en contacto con peninsulares avanzados, con hijos del país y con hombres que en el destierro laboraban por la libertad.

Corrió Pintó, al cabo, suerte parecida a la que cupo a casi todos los precursores de la emancipación de Cuba. La delación surgió tras el plan que, meditado en tiempos de Pezuela y madura-

do en los primeros días del segundo mando de Concha, debía transformar el régimen político de la Isla. En febrero de 1855 Concha acogió abiertamente la denuncia de lo que se fraguaba. En la causa instruida por la Comisión Militar Ejecutiva y Permanente contra Ramón Pintó, Juan Cadalso, Nicolás Pinelo y otros, por conspiración, fué puesto de relieve cuanto se tramaba, lo mismo en La Habana que en Matanzas, Trinidad, Nueva Filipina o Pinar del Río y demás focos de la proyectada insurrección. Y el 6 de febrero de 1855 Concha publicó un manifiesto expresivo del descubrimiento del intento revolucionario, de que tenía en su poder las pruebas de su existencia y de que se aplicaría ejemplar castigo.

¡Castigo ejemplar llamaba Concha al derramamiento de más sangre! Su promesa no tardó en cumplirse. Aprehendido Pintó, con crecido número de sus compañeros, y condenado a muerte en garrote vil, su amigo y favorecido de pasados tiempos, el propio Concha, no obstante la oposición del auditor Miguel García Gamba, aprobó la sentencia y se mostró vivamente interesado en que se ejecutase, como lo fué, en el campo de La Punta, en La Habana, el 22 de marzo de 1855.

En sus últimos momentos, consciente de su obra, Pintó expresó el anhelo de que sus hijos no se avergonzasen jamás de su nombre. No podían negar su ascendencia quienes de tal padre no habían recibido sino constantes enseñanzas de alta moral. La ciudad de La Habana, por cuyo progreso tanto dejaba hecho, compartió con los deudos del claro varón las angustias de aquellas horas. Con desasosiego de la gente honrada se

mezcló la morbosidad de curiosos e irresponsables. El sordo eco de lo que pasaba en los hogares y las calles acaso llegó, siquiera fuese de alguna manera misteriosa, hasta el estrecho recinto del triste. Ya en marcha él hacia la grada fatal, volviéndose a sus custodios, con entereza, más que dijo, ordenó:

—¡De prisa, de prisa!

*Me estoy ensayando para
subir las gradas del patíbulo*

Francisco Estrampes



A situación de Cuba a mediados del siglo XIX era caótica. Una tiranía militar estaba enseñoreada de la Colonia. Algunos puntos singulares, ni rebuscados ni creados por imaginaciones calenturientas, bastaban para llevar el espanto y la congoja a las conciencias honradas y liberales. Dentro de un régimen en que toda aspiración de carácter cívico constituía un crimen, ningún exceso pareció ilícito a los gobernantes. En tiempos de Leopoldo O'Donnell una simple reunión familiar, hasta para el bautizo de un niño, requería permiso. Ni siquiera podía andarse en carruaje cerrado por las calles de La Habana después de la puesta del Sol.

Un teniente gobernador y asesor general, al que correspondía, entre otras funciones, la de presidir los teatros, se vió por el propio O'Donnell reprendido por haber accedido a los deseos del pueblo, tras una representación escénica, consintiendo en que se levantase el telón para que el actor o la actriz a quien se aplaudía se presentase a dar las gracias. Federico Roncali, conde de Alcoy, llegó al extremo de tomar en sus manos, en lo que denominó Juzgado de la Capitanía General, la administración de justicia en lo civil, para examinar verbalmente y decidir en el acto, sin apelación ni ningún otro recurso, las cuestiones más importantes y complicadas: ni aun los inextricables juicios de testamentaría y de concurso escapaban a su jurisdicción, que no reconocía ni distinguía naturaleza, cuantía ni fuero.

Cuadro de tan oscuros tonos fué el que encontró en su patria, al regresar de larga ausencia de estudios en Francia, Francisco Estrampes y Gómez, nacido, en Matanzas, el 4 de diciembre de 1827. Allá, en la tierra de los galos, supo del amor a la libertad. Vuelto a Cuba, no pudo serle indiferente la mala fortuna deparada a los naturales del país por quienes dirigían los negocios públicos. La conspiración de Vuelta Abajo, vasto plan encaminado a la conquista de la independencia, lo contó entre sus servidores. Mas, abortado el movimiento, y no sin haberse expuesto a caer en las redes tendidas por los incondicionales del coloniaje, logró Estrampes escapar con rumbo a Nueva Orleans.

Dedicado a la enseñanza de idiomas en Nueva Orleans, allí recibió Estrampes, en tropel, las

noticias propaladas alrededor de la proyectada transmisión de Cuba a los Estados Unidos de América por título de compraventa, escabroso negocio que a la sazón corría uno de sus momentos culminantes. Sintió tocadas las fibras de su decoro de cubano. Aquellos rumores exaltaron la imaginación del patriota, si renuente a soportar la opresión de una metrópoli europea tan distante como desconocedora de la cuestión de principios que movía al colono rebelde, no menos obstinado en su oposición a que la Isla fuese anexada a los Estados Unidos de América. Se apresuró a organizar una expedición. Secundado por un reducido grupo de valientes, se dirigió a mediados del año de 1854 a Baracoa en una goleta norteamericana, portadora de armas y municiones para fomentar la revolución en Cuba. En la ribera desolada lo esperaron no los libertadores soñados, sino fuerzas enemigas. Por defender a la tripulación del bajel, resistió bravamente la persecución del adversario y cayó prisionero.

En La Habana, adonde fué conducido, lo juzgó y condenó a morir en garrote vil la Comisión Militar Ejecutiva y Permanente el 24 de marzo de 1855. En vano se sucedieron imploraciones tras la clemencia oficial. El momento era de verter sangre, más sangre. A las siete y cuarto de la mañana del 31 de marzo, una semana después de haberse dictado sentencia contra él y de acuerdo con los términos de la misma, perdió Estrampes la existencia en el placer de La Punta.

Estrampes concibió para Cuba una república independiente. No desconocía las potencias físicas del gobierno español en la Isla. Tampoco

ignoraba el peligro de la absorción norteamericana. Pero juzgaba incontrastables las fuerzas espirituales de los decididos, de generación en generación, a llegar al fin anhelado. Afrontó la adversidad con la entereza propia de su gallardía, con la persuasión de que el sacrificio de su vida, plena de vigor, de esperanza y de amor a su patria, no sería inútil. Marchó hasta el patíbulo como hombre sereno y animoso. Sufrió la pena del garrote con arrogancia igual a la que había puesto, respondiendo a quien lo amonestó por la forma altiva en que subía las escaleras de un edificio público, en estas palabras:

—*Me estoy ensayando para subir las gradas del patíbulo.*

¡Muere un hombre, pero nace un pueblo!

Domingo de Goicouría



O hubo otro hijo de Cuba más acérrimo enemigo de la tiranía que Domingo de Goicouría y Cabrera. Nació, en La Habana, el 23 de junio de 1805. Sirvió con lealtad, perseverancia y abnegación la libertad. Vascongado el autor de sus días, de él heredó la entereza de carácter y la indomable tenacidad que se manifestaron en todos los actos de su vida. Despreció holguras y riquezas. Puso a contribución, en la obra de redimir del cautiverio a su patria, cuanto poseía. Se halló a través del tiempo y de las vicisitudes del Mundo, lo mismo en las circunstancias felices que en las adversas, frente a frente del despotismo, que odió desde lo íntimo de su ser.

En empresas particulares y públicas, luego de haber estado en España, en los Estados Uni-

dos de América y en Inglaterra, evidenció ante sus compatriotas de cuánto eran capaces sus tendencias avanzadas y sus desprendimientos excepcionales. De los empeños acometidos dentro del coloniaje, trocando la persuasión por los arrestos bélicos, pasó a los esfuerzos revolucionarios de mediados de su siglo, ya con Narciso López, ya en el seno de la Junta Cubana creada en los Estados Unidos de América. Púsose, además, en relación con aquellos a quienes, como Quitman, Walker y Juárez, juzgó que podían acudir en apoyo de la emancipación de Cuba.

Veterano luchador era ya Goicouría al tiempo de iniciarse la revolución de 1868. Apenas enterado de este suceso, corrió a demostrar que seguía siendo consecuente con su pasado. La lucha comenzó por arrebarle a su hijo Valentín, que, siendo ayudante de Thomas Jordan, cayó combatiendo. Novedad tan asoladora para el corazón de padre reafirmó en él la convicción que le había llevado a encararse al poder de España. Febril e impaciente, su serena constancia de otros días se convirtió en el anhelo de hallarse en el terreno de la brega, dispuesto a sucumbir antes que permitir, en la medida de sus fuerzas, que la opresión reinase en su país.

Después del fracaso de la expedición patrocinada por José María Mora y vuelto a Nueva York con algunos de sus compañeros en aquella desgraciada aventura, Goicouría no dió tregua ni paz a su afán de organizar un nuevo esfuerzo insurgente. Su perseverancia y su generosidad triunfaron pronto. A su costa, con riesgo grande, armó una expedición en un barco de vela. Pues-

ta proa a Cuba, el 9 de febrero de 1870 desembarcaba en Caletones, en las inmediaciones de Gibara. La buena suerte lo auxilió entonces. Gracias a ello, al cabo de muy pocos días, contados desde el arribo, pudo hallarse junto al gobierno de Cuba libre. El empeño y el mérito que entrañaba la jornada realizada por Goicouría, a la cabeza de unos treinta hombres, lo acreditaron una vez más de varón animoso, capaz de llevar a efecto toda clase de empresas, por peligrosas que éstas pareciesen.

Con antecedentes tales, a fines de marzo el Gobierno le encomendó una comisión importante, que debía cumplimentar en México. En el desempeño de tal encargo, emprendió la operación de salir del país. Pero la fortuna propicia lo abandonó. Apresado en Cayo Guanaja por soldados de la marina española, llevado a Nuevitas, conducido a la presencia del capitán general Caballero de Rodas en Puerto Príncipe y enviado por último a La Habana, su ciudad natal estuvo pronta a servir de escenario para su suplicio. Todo fué obra de momentos nada más.

Llegado a La Habana, abierta la causa que le habían formado en 1851 por considerársele cómplice de Narciso López y condenado a la pena de muerte, apenas si los funcionarios coloniales pasaron de la diligencia de identificación: tras algunas horas en que lo tuvieron en constante agitación, en la madrugada del 7 de mayo de 1870 entró en capilla. Dió, en los instantes postreros de su existencia, pruebas de entereza semejantes a las que había ofrecido a través de sus luchas y ansiedades patrióticas. Sólo lo vieron

inmutarse al recordar a su familia, al pasar por su mente la imagen del hijo caído en las filas del Ejército Libertador. A la hora de la ejecución, en la mañana de aquel 7 de mayo, levantado el patíbulo en la falda del castillo del Príncipe, quiso hablar al público, pero, impedido por los encargados de dar cumplimiento a la sentencia, y luego de escalar hasta con ligereza las gradas de la máquina de la muerte, únicamente pudo pronunciar estas palabras:

—*¡Muere un hombre, pero nace un pueblo!*

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
<http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm>

*La vida se me va lejos de tu sol...
¡Oh Cuba de mis ensueños!*

Francisco de Frías



FRANCISCO de Frías y Jacott, conde de Pozos Dulces, nació, en La Habana, el 24 de septiembre de 1809. Figuró a la cabeza de los estudiosos de las cuestiones económicas. Contempló las exigencias del porvenir respecto de ensanche y embellecimiento urbanos. Intelectual de sólidos prestigios, consagró a Cuba los destellos de su ingenio.

Fué hombre de amplio criterio, enamorado de la regeneración colectiva. Sabía que lágrimas de sangre y duelo iban a ser la mies que cosecharían quienes en Cuba pisasen el ardiente y vedado terreno de la política. Pero tampoco ignoraba que la más santa y envidiable de todas las

ambiciones, para el ciudadano digno de este nombre, debía ser pensar noche y día en la urgencia de un cambio político, estudiar y conocer la forma de efectuarlo, poner por obra los recursos adecuados para acabar con los crímenes, desórdenes y miserias dominantes. Política era, para Pozos Dulces, querer la patria con todo el fuego de una pasión ardiente. Momentos hubo en que estuvieron su temple a prueba y su existencia envuelta en peligros. En la conspiración urdida en 1852 en Vuelta Abajo, por algunos historiadores llamada de Pozos Dulces, fué condenado. Durante la sustanciación del proceso permaneció encerrado en el castillo de El Morro de La Habana. En definitiva, se le condenó a confinamiento en España, con expresa prohibición de volver a esta Isla y a la de Puerto Rico, sanción que empezó a cumplir, saliendo para la villa de Osuna, en la provincia de Sevilla, el 2 de agosto de 1853.

Otra vez en La Habana en 1861, acompañado de la fama de publicista, pareció llegado para Pozos Dulces el instante de mostrar la fuerza de su pluma al servicio de los intereses públicos. Algunos cubanos de buena voluntad concibieron el proyecto de hacer que un periódico hablase en nombre de Cuba, defendiese sus intereses, expusiese sus necesidades y estrechase un lazo armonizador de la opinión. Fué así cómo *El Siglo* resultó una gran tribuna. El 18 de mayo de 1863 aceptó Frías el cargo de director del célebre diario habanero. Anunció, en el artículo programa, que el mote de la bandera de *El Siglo* sería el progreso simultáneo en todas las esferas de la humana actividad, con sujeción a las leyes y dentro

del círculo de la conveniencia general. En trabajo publicado el 25 de marzo de 1865 sentó cuál había sido y era el proceder de *El Siglo* y cuáles eran las aspiraciones y los anhelos que alimentaba y defendía.

De la manera de pensar, sentir y hablar de *El Siglo*, de su artículo del 25 de marzo de 1865 principalmente, surgió la idea de fundar un nuevo partido: el reformista. Las tendencias expuestas por Pozos Dulces se vieron traducidas en hechos prácticos, al tomar alientos y forma la iniciativa de demandar de España las medidas liberales a que Cuba tenía derecho. La agrupación política en cuyo nacimiento y desarrollo tanto influyó Pozos Dulces surgió con pujanza. Consecuencia de toda aquella labor fué la Junta de Información sobre las reformas de Cuba y Puerto Rico. Pero la Junta de Información, en su desenvolvimiento y en sus efectos inicia burla inferida a los comisionados cubanos llamados a Madrid, entre los que se encontró Pozos Dulces, no logró sino exacerbar aún más a los patriotas, condenados, para aniquilar la injusticia del régimen establecido, a recurrir a la lucha de las armas.

Desapareció para el cubano toda esperanza de buen éxito en las demandas pacíficas de reformas políticas al fracasar los empeños liberales explanados en el seno de la Junta de Información. La guerra se presentó ya como único recurso para combatir el sistema de gobierno a que estaba Cuba sometida. Los latidos revolucionarios empezaban a sentirse en el país cuando, el 20 de agosto de 1867, Pozos Dulces, presa del desencanto, regresó a La Habana. No participó de la opinión de

los compatriotas suyos que conspiraban para la rebelión y hasta llegó a mostrar en términos categóricos, en conferencia celebrada, en el Vedado, con Salvador Cisneros y Betancourt, marqués de Santa Lucía, su inconformidad con la violenta solución que, al fin, estalló el 10 de octubre de 1868. Entonces, como en otros momentos decisivos, la duda y la vacilación dominaron su espíritu y lo presentaron reacio a seguir las huellas por él mismo trazadas. En marcha la revolución se ausentó de la Isla, para ir a residir y morir, el 25 de octubre de 1877, en tierra francesa. En las postrimerías ya de su existencia, ansioso de luz y calor para ser feliz, dirigió a la patria este apóstrofe:

*—La vida se me va lejos de tu sol... ¡Oh
Cuba de mis ensueños!*

¡Seguir hasta llegar!

Cirilo Villaverde



OR lo intenso y real de su obra de varón útil, desarrollada en distintos aspectos, de verdadera importancia todos, Cirilo Villaverde y de la Paz, nacido el 28 de octubre de 1812, ganó la posición sobresaliente por su nombre ocupada en los anales de las letras patrias y en la gratitud de las generaciones cubanas coetáneas y posteriores a su existencia. Templó su alma al servicio de los intereses de su tierra. Mantuvo, a través de una vida no menos laboriosa que larga, el culto de los elevados ideales a cuya propulsión se dedicó desde horas oscuras e inciertas. El hombre de mente clara, el escritor fecundo, el novelista que veía y no ocultaba las lacerias del coloniaje y el agitador político, a impulso de altas aspiraciones, logró, dentro

de su esfera de acción, representar, durante casi media centuria, la protesta perenne, altiva y viril del oprimido frente al opresor.

San Diego de Núñez, la cuna de Villaverde, sólo vió deslizar en su seno la primera década de la vida de él. Trasladado a La Habana en 1823, recibió lecciones en un plantel dirigido por Antonio Vázquez y tuvo por maestros de latín, filosofía y derecho a Joaquín de Morales, Francisco Javier de la Cruz y José Agustín Govantes. Recibió, en 1832, el título de bachiller en leyes. Lo atrajo el cultivo de las letras. Al avanzar en los cursos de la carrera elegida se mostró más inclinado a la literatura. No tardó en producirse el momento en que, dando de lado a las lides del foro, las disciplinas jurídicas quedaron abandonadas por efecto del predominio de otras orientaciones intelectuales. Cuando se alejó de la abogacía, en plena juventud, dedicó sus actividades a las faenas de la pluma y al ejercicio del magisterio.

A ningún otro factor debió Villaverde tanto la nombradía que alcanzó como a sus producciones literarias. Desde que inició su obra de escritor hasta los días postreros de su existencia, apenas si cesó de contribuir al enriquecimiento de las letras patrias. La constante labor realizada en libros y periódicos, lo mismo en Cuba que en el extranjero, tendió a ahondar más y más en el estudio de los hábitos, la naturaleza, las bellezas y las desgracias de su país. En sus libros, desde *El espetón de oro* hasta *Cecilia Valdés* ó *La Loma del Angel*, tuvo por norma coadyuvar al progreso y a la regeneración de Cuba, ya pintando sus

adversidades, ya señalando el camino por donde había de llegarse al advenimiento de épocas mejores. En *Cecilia Valdés* y *El Penitente* se ocupó en presentar la ciudad de otros tiempos. En *El Guajiro* retrató la vida del campesino cubano. En la *Excursión á la Vuelta Abajo* ofreció el itinerario de la comarca occidental. Su fama de novelista ha perdurado a despecho de la acción del tiempo. Su firma no ha dejado de aparecer en el número de aquellas que han ilustrado la literatura cubana.

En medio de sus aficiones literarias, atento a los dolores de la patria, fué Villaverde un servidor eximio de la independencia de Cuba. El fracaso del movimiento fraguado en Las Villas a mediados de 1848 por Narciso López y la sorpresa por las autoridades españolas de las pruebas de la participación de Villaverde en aquellos planes determinaron su aprehensión. Encerrado como una fiera en oscura y húmeda bartolina, según su propio decir, permaneció seis meses consecutivos, al término de los cuales, el 4 de abril de 1849, después de ser juzgado y condenado a presidio por la Comisión Militar Ejecutiva y Permanente por conspirar contra los derechos de la corona de España, logró evadirse de la cárcel de La Habana. El 19 de mayo de 1849, hallándose en rebeldía, fué condenado a muerte en garrote vil por el delito de infidencia.

En los Estados Unidos de América, donde halló refugio, se consagró de manera activa y constante al fomento de empresas revolucionarias, ora con el carácter de secretario de Narciso López, ora cooperando a la formación de juntas con

posterioridad a la caída de López, ora persistiendo en los empeños emancipadores durante la guerra iniciada el 10 de octubre de 1868, alentado y acompañado por su consorte, Emilia Casanova. Ni presa de acidia, ni arrepentido de su pasado, se sostuvo fiel a la bandera abrazada hasta la hora de su muerte, que ocurrió, en Nueva York, el 24 de octubre de 1894. Inquebrantable fué su fe en la libertad de Cuba. En Nueva York, una noche de frío mortal, recién debelado uno de los esfuerzos consumados por la independencia patria, ya anciano, rodeado de ancianos, hablando a los jóvenes, para comunicar a todos la reciedumbre de su espíritu y la esperanza en la victoria, exhibió esta divisa de sus sueños de precursor:

—¡Seguir hasta llegar!

Sonaba con Cuba

Ambrosio José González



EL primer cubano herido en combate contra fuerzas españolas, por defender la independencia de su patria, fué Ambrosio José González y Rufín, nacido, en Matanzas, en 1818. Fué lugarteniente de Narciso López en la expedición del *Creole*. Inició el desembarco en la ciudad de Cárdenas la madrugada del 19 de mayo de 1850. En el ataque a la casa del gobernador de la plaza, al amanecer de aquel día, se destacaban a la vanguardia de los asaltantes sus jefes, Narciso López y Ambrosio José González. Vestía cada uno de ellos camisa roja con estrella blanca en el corazón. Casi a la orden misma de avanzar, dada por López, respondió una descarga cerrada. Incontinenti cayó González. Dos balas dirigidas a las sendas es-

trellas blancas que sobre sus pechos lucían ambos combatientes habían penetrado en el muslo derecho del Jefe de Estado Mayor de López. Con la sangre así derramada por González daba comienzo el torrente que debía correr hasta cesar en Cuba el choque de las armas con el triunfo de los libertadores.

Ambrosio José González no era un advenedizo al figurar como uno de los principales expedicionarios del *Creole*. Su padre, un educador matancero, había cuidado de depararle sólida instrucción en Europa, en Nueva York y en La Habana, en cuya Universidad obtuvo, entre otros títulos, el de bachiller en derecho. También el hijo abrazó el magisterio en su ciudad natal. Y antes de finalizar la primera mitad del siglo XIX, ansioso de evidenciar que no en vano se le tenía por adicto al progreso político de su país, ya alimentaba el fuego revolucionario. Delicadísima misión recibió a raíz del fracaso de la conspiración de la mina *La Rosa Cubana*. Elementos de La Habana le confiaron el encargo de trasladarse a los Estados Unidos de América para desenvolver allá uno de los más importantes planes enderezados a precipitar la invasión de la Isla. Aunque frustrada la organización al principio ideada, siguió laborando. Tomó parte en la constitución de la Junta Cubana de Nueva York. No fué ajeno a la concepción de la bandera cubana. Su contribución en los preparativos de la expedición del *Creole* fué fundamental, quizá decisiva.

El éxito desventurado de la toma de Cárdenas —la Comisión Militar Ejecutiva y Permanente, de La Habana, lo condenó a la pena de muer-

te con motivo de aquel suceso— no minoró en González el entusiasmo patriótico. Si la aspiración de emancipar a Cuba parecía encerrada en altísimas murallas, esta realidad misma acrecentaba los afanes de los precursores. En la expedición malograda por la retención del *Cleopatra*, cuando el presidente Millard Fillmore hizo redoblar la persecución contra quienes en territorio de los Estados Unidos de América se aprestaban a invadir militarmente la Isla, hubiese González participado de manera no menos efectiva que en la del *Creole*. La urgencia de mejorar de salud, para volver a la lucha con renovados bríos, lo alejó de Narciso López. En ausencia de González se hicieron los arreglos que precedieron al esfuerzo guerrero que costó la vida a López.

Se hallaba Ambrosio José González en la Carolina del Sur, donde había contraído matrimonio, al estallar la guerra de secesión de los Estados Unidos de América. Soldado de la libertad, mal se avenía a su temperamento el papel de defensor de la esclavitud del negro. Sin embargo, los afectos y las consideraciones de que vivía circundado lo condujeron a incidir en el error de ofrecer su espada a la causa que se decía mantenedora de la soberanía de los Estados frente a los propósitos de Abraham Lincoln. En las filas confederadas alcanzó altos grados y victorias. Al terminar la contienda, con la derrota de su bandera, contempló la ruina propia: de sus bienes materiales sólo le quedaba su caballo. Pero el imperio de la triunfante justicia debió, allá en el fondo de su alma de redentor, atenuar el dolor de los infortunios personales.

De regreso en Cuba, otra vez establecido en Matanzas, consideró que podía sumarse a la obra comenzada en Yara. La enfermedad y la muerte de su compañera, para siempre alejándolo con sus hijos de Cuba, torcieron sus designios. Así y todo, su pensamiento, jamás dejó de estar pendiente de los destinos patrios. Hasta la hora de su fin, ocurrido, en Nueva York, el 2 de agosto de 1893, ayudó con su pluma y su palabra al advenimiento de la libertad en Cuba. Atacado de parálisis, en decadencia su robusta constitución física, fué llevado en septiembre de 1892 a Key West. Allí, al ser visitado por Martí con algunos de los jefes de la revolución de 1868, Ambrosio José González tuvo expresiones optimistas. Algo más adelante, ya en las postrimerías de su existencia, otro cubano, Gonzalo de Quesada, al acercarse a su lecho y despertarlo suavemente, obtuvo del General este saludo:

—*Soñaba con Cuba.*

Los preparativos de Martí, muchos o pocos, los encontraré suficientes para lanzarme a la campaña

Salvador Cisneros y Betancourt



A región de Camagüey, donde nació el 10 de febrero de 1828, tuvo a Salvador Cisneros y Betancourt por uno de los paladines de la libertad y la democracia. Poseedor de un título nobiliario que en los días de la República le siguió atribuyendo su pueblo a modo de expresión de las virtudes cívicas de que había dado muestras en la adversidad, se enfrentó de los primeros al poder de España y luchó sin decaimiento ni vacilaciones hasta ver consolidado el triunfo de la patria. Fué un ciudadano ilustre de las tres repúblicas: las repú-

blicas que resultaron consecuencia de la revolución de 1868, de la de 1895 y de la emancipación de Cuba. Conservó en todos los tiempos, inalterable y estoico, su fe en la razón y en el derecho. En cada caso apareció en las avanzadas cubanas. Logró aun algo más notable: logró ser reliquia viva en su país, que no esperó la hora de su muerte para venerarlo y bendecirlo.

El marqués de Santa Lucía ostentó la representación de Camagüey en los trabajos revolucionarios que precedieron al alzamiento de Carlos Manuel de Céspedes en *La Demajagua*. En la célebre junta de San Miguel de Rompe, en la jurisdicción de Las Tunas, bajo la presidencia de Francisco Vicente Aguilera, hizo presente la actitud de su departamento, si no en condiciones de tomar las armas inmediatamente, resuelto, sin embargo, a prepararse con presteza. Corrió después a La Habana. Aquí se hallaba cuando llegaron las primeras noticias de la revolución de Yara. Conferenció nuevamente. Oyó los consejos de José Morales Lemus. Marchó a Puerto Príncipe. Lo preparó todo de manera que el 4 de noviembre de 1868 Camagüey secundó la guerra iniciada en Oriente. En la gran contienda desempeñó papel importantísimo siempre. Fué uno de los del triunvirato del Comité Revolucionario de Camagüey, miembro de la Asamblea de Representantes del Centro, constituyente en Guáimaro, primer Presidente de la Cámara de Representantes y Presidente de la República.

La tregua de El Zanjón a Baire no mató en Cisneros y Betancourt el espíritu revolucionario. Presto estuvo a tomar la enseña tricolor, decidi-

do a bregar con fervor igual al que lo acompañó en la Guerra Grande en medio del fragor de la pelea y de la ruina de los seres más queridos. En la revolución de 1895 figuró con los prestigios tan noblemente ganados y con el respeto y la estimación de cuantos lo rodeaban. Constituyente otra vez, firmó la carta fundamental de Jimaguayú. Además, mereció la confianza de todos. Allí mismo quedó designado Presidente de la República. También fué miembro de la Asamblea Constituyente de La Yaya. El hombre que había acompañado a Céspedes y a Agramonte era, en el último y definitivo esfuerzo de los cubanos, aclamado tanto por la generación nueva como por el resto de aquella a que él se debía.

El ideal de ver a Cuba libre al fin triunfó. Entonces Cisneros y Betancourt participó de manera directa y permanente de las tareas públicas. El voto popular lo llevó a la Convención Constituyente. Colaboró en la formación del código fundamental de la república inaugurada el 20 de mayo de 1902. De la Convención Constituyente pasó, por la voluntad asimismo de Camagüey, al Senado, uno de cuyos escaños, y nadie con más derecho ni más honradez que él, ocupó hasta su muerte, ocurrida en 28 de febrero de 1914. La desaparición de Cisneros, no por esperada, menos sentida, fué llorada por el país. Sus funerales, de La Habana a Camagüey, resultaron verdadera manifestación de duelo nacional. Al descender su cadáver a la tumba cavada en el cementerio de Puerto Príncipe, un compañero suyo en la guerra y en la paz, Manuel Sanguily, habló del caído con elocuencia conmovedora.

Una de las cualidades cívicas de Cisneros y Betancourt fué su adhesión al ideal generador de la Nación. A través de medio siglo, desde los sueños frustrados en el año de 1851 hasta el triunfo de las ansias patrióticas, las potencias de su espíritu permanecieron vigilantes en torno a la liberación de Cuba. Al cabo de cada desastre, frente a frente a los detentadores del suelo materno, sin pactar con el vencedor, se alzó entero y esperanzado. Nunca lo arredraron las fuerzas ventajosas del adversario ni la pobreza material de los recursos propios. Seis meses antes de estallar la revolución de 1895, en una reunión de veteranos de la de 1868, al discurrirse alrededor de los elementos dispuestos por Martí para renovar la guerra, evidenció la fortaleza de su ánimo en estos términos:

—Los preparativos de Martí, muchos o pocos, los encontraré suficientes para lanzarme a la campaña.

*Soy extranjero, errante y peregrino
en tierra de la patria*

Juan Arnao



LAS ideas políticas triunfantes en la América recién salida de la dominación española encontraron en los comienzos del segundo tercio del siglo XIX eco en el pecho de Juan Arnao y Alfonso. Nació, el 17 de septiembre de 1812, en la ciudad de Matanzas. Su niñez se deslizó, en el cercano valle de Camarioca, en contacto con una naturaleza exuberante, propicia al florecimiento del libre albedrío. Entrado en más edad, practicando derecho en el foro de Matanzas y estudiando leyes en España, en su mente lograron auge los principios avanzados respecto del régimen y ordenamiento de los pueblos. La institución de la esclavitud en la Co-

lonia exacerbó su espíritu. Las tendencias progresistas de la Metrópoli lo entusiasmaron. No pudo permanecer indiferente a la condición de una raza sumida en horrible servidumbre ni mostrarse sordo a las voces precursoras de liberación.

Se hallaba de nuevo en Cuba, en 1850, al tiempo de ser atacada la ciudad de Cárdenas por Narciso López. Avisado Arnao, llegó a Cárdenas cuando ya López y los suyos, no secundados por la población asaltada, se habían reembarcado. Proyectos concebidos para repetir el intento de sublevar al país lo mantuvieron preparado para la pelea. Estuvo a punto de costarle la vida el fracaso de sus planes. El 8 de octubre de 1850, en las márgenes del río Yumurí, con sólo tres compañeros frente a ciento veinte soldados de tropa de línea, en las tinieblas de oscura noche, cayó herido, el cuerpo atravesado por dos proyectiles. La que entonces derramó Arnao fué la primera sangre cubana vertida en pos de la independencia de la Isla, en combate abierto, por efecto de un movimiento organizado en el suelo patrio.

No cicatrizadas del todo las heridas recibidas el 8 de octubre de 1850 e indultado de la pena de muerte a que había sido condenado por su rebelión, procuró en 1851 sublevar a Matanzas, de concierto con los esfuerzos revolucionarios que se realizaban en el interior y en el exterior de Cuba. Vano fué su empeño. Sus iniciativas en aquella época y en las siguientes hasta 1868, como superpuestas al curso general de los acontecimientos, tuvieron por término para él las cárceles y el ostracismo. En 1866, vaticinando el éxito desgraciado de las esperanzas reformistas y anticipán-

dose a la actitud que al cabo las circunstancias impusieron a los hombres más notables de la Isla, levantó tribuna en los Estados Unidos de América para proclamar que la independencia era la única solución posible en Cuba.

La revolución de 1868 lo halló en Cuba. Ante las dificultades con que tropezaban los proyectos de alzamiento en Occidente, pretendió incorporarse en Oriente a las huestes libertadoras. Fué detenido antes de llegar a Jagüey Grande y obligado a retroceder. Marchó a los Estados Unidos de América. Allí prestó a la causa cubana su concurso de manera no menos efectiva que varia. Contribuyó a formar distintas expediciones. En la del vapor *Lillian*, que lo contó entre sus componentes, evitó que la insubordinación tomase caracteres de hecho consumado y que el desastre con que terminó aquella empresa alcanzara mayor gravedad. Durante el resto de la Guerra Grande continuó colaborando en la obra de exaltar a Cuba al goce de personalidad política propia.

Cargado de años estaba en los días en que Martí alentó el ideal de juntar a todos los revolucionarios para acelerar la última jornada por la independencia de Cuba. El agitador de otros tiempos había perdido fuerzas físicas, pero el corazón del patriota seguía latiendo con plenitud por la libertad. Su palabra en las reuniones de los emigrados era escuchada como expresión de la experiencia honrada y de la más arraigada fe. Su presencia era concreción viviente de lealtad y sacrificios. Puso otro elemento eficaz al servicio de Cuba: su pluma. Autor de impresos evidenciadores de sus nobles pasiones y de su vigorosa men-

talidad —publicó *Páginas para la historia de la Isla de Cuba y Cuba; su presente y porvenir*—, con ellos ayudó a crear estados de conciencia propulsores de la nacionalidad.

Juan Arnao tuvo, con otros méritos, el de colocar el cumplimiento de sus deberes cívicos por encima de la bienandanza personal. Privaciones y zozobras rodearon su existencia de emigrado revolucionario. Alejado de Cuba por lustros y lustros, con desprecio de ventajas individuales brindadas en la patria aún no emancipada, sin plegar la bandera de la protesta contra la injusticia, al regresar a la ribera amada, ya en las postrimerías de su vida, la cabeza y la barba cubiertas de luengos hilos de plata, se consideraba solo, aislado, destituido de abrigo y amparo. Había llegado a la más dura de las abnegaciones del ciudadano verdadero. Comprendiéndolo así, a la vez que satisfecho de poder dejar a la posteridad el ejemplo de tanta virtud, poco antes de su muerte, ocurrida, en La Habana, el 6 de marzo de 1901, decía:

—*Soy extranjero, errante y peregrino en tierra de la patria.*

II

FUENTES GENERALES

- Francisco V. Aguilera y la Revolución de Cuba de 1868*, por ELADIO AGUILERA ROJAS, La Habana, 1909, 2 ts.
- Album de El Criollo*. Semblanzas, La Habana, 1888.
- ARTURO AMBLARD, *Notas Coloniales*, Madrid, [s. a.]
- Cuba y la opinión pública*, por CARLOS AMER, Madrid, 1897.
- JOAQUÍN N. ARAMBURU, *Páginas*, La Habana, 1907.
- Páginas para la historia de la Isla de Cuba*, por JUAN ARNAO, La Habana, 1900.
- NICOLÁS ARNAO, *Notas Perdidas*. Poesías populares, La Habana, 1911.
- Crónicas de Santiago de Cuba*, recopiladas por EMILIO BACARDÍ Y MOREAU, Barcelona—Santiago de Cuba, 1908-1924, 10 ts.
- Boletín del Archivo Nacional*, La Habana, 1902-1926.
- Boletín de la Revolución. Cuba y Puerto Rico*, Nueva York, 24 febrero 1869, 24 marzo 1869.
- El 24 de febrero de 1895*. Trabajo de ingreso presentado por el Académico correspondiente de Guantánamo DR. REGINO E. BOTI. (*Anales de la Academia de la Historia*, La Habana, 1922, t. IV, p. 69-143.)
- Mi Diario de la Guerra. Desde Baire hasta la Intervención Americana*. BERNABÉ BOZA, La Habana, 1924, 2 ts.
- BONIFACIO BYRNE, *Efigies*. Sonetos patrióticos, Filadelfia, 1897.

- Epistolario de Héroos*. Cartas y documentos históricos coleccionados por Gonzalo Cabrales, La Habana, 1922.
- RAIMUNDO CABRERA, *Cuba y sus jueces*, La Habana, 1889, sexta edición.
- Diccionario Biográfico Cubano*, por FRANCISCO CALCAGNO, Nueva York, 1878.
- Espanoles e Insurrectos*. Recuerdos de la guerra de Cuba, por el coronel retirado D. FRANCISCO DE CAMPS Y FELIÚ, La Habana, 1890, segunda edición.
- MIGUEL ANGEL CARBONELL, *Antonio Maceo*, La Habana, 1924.
- NÉSTOR CARBONELL, *Próceres*, La Habana, 1919.
- NÉSTOR CARBONELL, *Martí: su vida y su obra*, La Habana, 1923.
- Discursos leídos en la recepción pública del señor Néstor Carbonell y Rivero la noche de 16 de marzo de 1926*, Habana, MCMXXVI. (Academia de la Historia de Cuba.)
- Apuntes biográficos de Emilia Casanova de Villaverde*. Escritos por un Contemporáneo, Nueva York, 1874.
- Relieves*. Ensayos biográficos, por GERARDO CASTELLANOS G., La Habana, 1910.
- GERARDO CASTELLANOS G., *Adolfo del Castillo en la paz y en la guerra*, La Habana, [1922].
- GERARDO CASTELLANOS G., *Juan Bruno Zayas. Médico y soldado*, La Habana, 1924.
- GERARDO CASTELLANOS G., *Un paladín (Serafín Sánchez)*, La Habana, 1926.
- AURELIA CASTILLO DE GONZÁLEZ, *Ignacio Agramonte en la vida privada*, La Habana, 1912.

Carlos Manuel de Céspedes, por CARLOS MANUEL DE CÉSPEDES Y QUESADA, París, 1895.

Manuel de Quesada y Loynaz, por CARLOS MANUEL DE CÉSPEDES Y QUESADA, La Habana, 1925. (Academia de la Historia de Cuba.)

Desde Yara hasta el Zanjón. Apuntaciones históricas, por ENRIQUE COLLAZO, La Habana, 1893, segunda edición.

Cuba Independiente, por ENRIQUE COLLAZO, La Habana, 1900.

Los Americanos en Cuba, por ENRIQUE COLLAZO, La Habana, 1905, 2 ts.

ENRIQUE COLLAZO, *Cuba Heroica*, La Habana, 1912.

Memorias sobre el estado político, gobierno y administración de la Isla de Cuba, por el teniente general DON JOSÉ DE LA CONCHA, Madrid, 1853.

Paladines catalanes en defensa de los derechos y de la libertad de Cuba, por J. CONANGLA Y FONTANILLES, La Habana, [1925]

JOSÉ MANUEL CORTINA, *Por la Nación Cubana*. Discursos, La Habana, 1926, t. I.

Obras de MANUEL DE LA CRUZ. III. *Literatura Cubana*. Madrid, MCMXXV.

Obras de MANUEL DE LA CRUZ. IV. *Episodios de la Revolución Cubana*. Madrid, MCMXXVI.

Obras de MANUEL DE LA CRUZ. V. *Cromitos Cubanos*. Madrid, MCMXXVI.

Obras de MANUEL DE LA CRUZ. VII. *Estudios históricos*. La Habana—Madrid, 1926.

Cuba Contemporánea, La Habana, junio 1916.

JOSÉ M^o CHACÓN Y CALVO. *Ensayos de literatura cubana*, Madrid, MCMXXII.

Diario de Sesiones de la Convención Constituyente de la Isla de Cuba, La Habana, 1900-1901.

LEÓN DUGUIT, *Manual de Derecho Constitucional*, Madrid, [s. a.]

El Eco de los Voluntarios, La Habana, 9 abril 1869.

Desde el Zanjón hasta Baire. Datos para la historia política de Cuba, por LUIS ESTÉVEZ Y ROMERO, La Habana, 1899.

Desde el Castillo de Figueras. Cartas de Estrada Palma (1877-1878). Introducción, bosquejo biográfico y notas por CARLOS DE VELASCO, La Habana, 1918.

El Figaro, La Habana, febrero 1899.

José Antonio Saco. *Documentos para su vida*, anotados por DOMINGO FIGAROLA-CANEDA, La Habana, 1921.

FERNANDO FIGUEREDO SOCARRÁS, *La Revolución de Yara*, La Habana, 1902.

Pedro Figueredo. Discurso del Académico de número coronel FERNANDO FIGUEREDO SOCARRÁS, La Habana, 1924. (Academia de la Historia de Cuba.)

América. José Martí, por ROQUE E. GARRIGÓ, La Habana, 1911.

Concurso internacional para la erección de un monumento a la memoria del mayor general del Ejército Libertador, generalísimo de sus fuerzas, Máximo Gómez y Báez, La Habana, 1917.

General Máximo Gómez y Báez. Revoluciones... Cuba y Hogar. DR. BERNARDO GÓMEZ TORO, La Habana, 1927.

DIEGO GONZÁLEZ, *El Padre Varela. Su vida y su obra.* La Habana, 1927.

FRANCISCO GONZÁLEZ DEL VALLE, *La Conspiración de la Escalera. I. José de la Luz y Caballero.* La Habana, 1925.

José Antonio Saco y la educación nacional, por RAMIRO GUERRA, La Habana, 1915.

Poesías líricas de JOSÉ MARÍA HEREDIA, con prólogo de ELÍAS ZEROLO, París, [s. a.]

Homenaje póstumo que la ciudad de Santiago de Cuba rinde, agradecida, al comandante de la fragata "Niobe" de la Marina de Guerra Británica Sir Lambton Lorraine, Santiago de Cuba, [1922].

Índice alfabético y defunciones del Ejército Libertador de Cuba, La Habana, 1901.

Información sobre reformas en Cuba y Puerto-Rico celebradas en Madrid en 1866 y 67, por los representantes de ambas islas. Con un prólogo por un emigrado cubano, Nueva York, 1877, segunda edición, 2 ts.

Informe sobre el censo de Cuba, 1899, Washington, 1900.

JOSÉ INGENIEROS, *Las Fuerzas Morales,* Buenos Aires, 1926.

Lecturas Cubanas, por el DR. ANTONIO IRAIZOZ Y DE VILLAR, La Habana, 1924.

Asuntos Cubanos. Colección de artículos y poesías. [Por JOSÉ MARÍA IZAGUIRRE, Nueva York], 1896.

Ecos del Tratado de París. La Deuda Colonial, por FÉLIX IZNAGA, La Habana, 1917.

Patricios y heroínas. Bocetos históricos. Por LUIS LAGOMASINO A., La Habana, 1915, vol. II.

M. MÁRQUEZ STERLING, *La diplomacia en nuestra historia.* Valencia, [s. a.]

CARLOS MARTÍ, *Los Catalanes en América.* Cuba, La Habana, 1921.

MARTÍ, *Amistad Funesta.* (Novela), Berlín, 1911, vol. X. (Edición de Gonzalo de Quesada.)

Obras completas de MARTÍ. Vol. V. *En Patria,* La Habana, 1919. (Edición de Néstor Carbonell.)

Cuba. Los primeros años de independencia. La intervención y el establecimiento del gobierno de Tomás Estrada Palma, por el DR. RAFAEL MARTÍNEZ ORTIZ, La Habana, 1911, primera parte.

Mención histórica. Documentación relacionada con los acontecimientos que dieron como resultado definitivo la independencia y el establecimiento en República de Cuba, La Habana, 1918.

Cuba. Crónicas de la Guerra, por JOSÉ MIRÓ, La Habana, 1909, 3 ts.

Iniciadores y Primeros Mártires de la Revolución Cubana, por el DR. VIDAL MORALES Y MORALES, La Habana, 1901.

Hombres del 68. Rafael Morales y González. Contribución al estudio de la historia de la independencia de Cuba, por el DR. VIDAL MORALES Y MORALES, La Habana, 1904.

Nociones de historia de Cuba, por el DR. VIDAL MORALES, La Habana, 1922, quinta edición.

FERNANDO ORTIZ. *En la tribuna.* Discursos cubanos. Recopilación y prólogo por RUBÉN MARTÍNEZ VILLENA, La Habana, 1923, 2 ts.

Patria, Nueva York, 19 diciembre 1893.

Bibliografía de la Revolución de Yara, por LUIS M. PÉREZ, La Habana, 1908.

Estudio sobre las ideas políticas de José Antonio Saco.
Por LUIS M. PÉREZ, La Habana, 1908.

Biografía de Miguel Jerónimo Gutiérrez, por LUIS MARINO PÉREZ, La Habana, 1912.

Datos históricos sobre la Guerra de los Diez Años, por CARLOS PÉREZ DÍAZ, La Habana, 1920.

Vida y escritos de Juan Clemente Zenea, por ENRIQUE PIÑERO, París, 1901.

Anales de la Guerra de Cuba, por D. ANTONIO PIRALA, Madrid, 1895-1898, 3 ts.

El Porvenir. Suplemento al No. 312, Nueva York, 25 febrero 1896.

GONZALO DE QUESADA, *Mi Primera Ofrenda*, Nueva York, 1892.

Ignacio Mora, por GONZALO DE QUESADA, Nueva York, 1894. (Biblioteca de *Patria*.)

Revista Cubana, La Habana, 1891, t. XIII.

La Revolución, Nueva York, 21 abril 1869, 21, 28 y 30 julio 1870, 4 y 11 agosto 1870.

Ignacio Agramonte Loynaz, por RAMÓN ROA, La Habana 1912.

El Congreso de Panamá y la Independencia de Cuba, por el DR. EVELIO RODRÍGUEZ LENDIÁN, La Habana, 1911.

Vida del Presbítero Don Félix Varela, por JOSÉ IGNACIO RODRÍGUEZ, Nueva York, 1878.

Estudio histórico sobre el origen, desenvolvimiento y manifestaciones prácticas de la idea de la anexión de la Isla de Cuba á los Estados Unidos de América, por JOSÉ IGNACIO RODRÍGUEZ, La Habana, 1900.

Memoria descriptiva, histórica y biográfica de Cienfuegos y las fiestas del primer centenario de esta ciudad, por PABLO L. ROUSSEAU y PABLO DÍAZ DE VILLEGAS, La Habana, 1920.

Colección de papeles científicos, históricos, políticos y de otros ramos sobre la Isla de Cuba, ya publicados, ya inéditos, por DON JOSÉ ANTONIO SACO, París, 1858-1859, 3 ts.

SALVADOR SALAZAR, *El setenta y uno*, La Habana, 1918.

ANTONIO S. DE BUSTAMANTE Y SIRVÉN, *Discursos*, La Habana, 1915, t. II.

José de la Luz y Caballero. Estudio crítico, por MANUEL SANGUILY, La Habana, 1890.

Victoria de las Tunas. Bosquejo del asalto y toma de las Tunas de Bayamo en agosto de 1897 por fuerzas cubanas al mando del mayor general Calixto García Iñiguez, por MANUEL SANGUILY, Nueva York, 1897.

MANUEL SANGUILY, *Discursos y conferencias*, La Habana 1918-1919, 2 ts.

Obras de MANUEL SANGUILY. Tomo I. *Nobles Memorias*, La Habana, 1925.

Cuba. Estudios políticos, por D. CARLOS DE SEDANO, Madrid, 1872.

DR. ANDRÉS SEGURA Y CABRERA, *Gaspar Betancourt Cisneros (El Lugareño)*, La Habana, 1919.

Biblioteca Histórica Cubana, por CARLOS M. TRELLES, Matanzas, 1922-1926, 3 ts.

ABDÓN TRÉMOLS Y AMAT, *Los Patriotas de la Galería del Ayuntamiento de la Habana, La Habana, 1917.*

E. TRUJILLO, *Apuntes históricos. Propaganda y movimientos revolucionarios cubanos en los Estados Unidos desde enero de 1880 hasta febrero de 1895.* Nueva York, 1896.

Efemérides de la Revolución Cubana, por ENRIQUE UBIE-
 TA, [1910]—1920, 4 ts.

FERMÍN VALDÉS DOMÍNGUEZ, *El 27 de noviembre de 1871.*
 La Habana, 1887.

La muerte del Padre Varela. Documentos inéditos colec-
 cionados y comentados por ANTONIO L. VALVERDE,
 La Habana, 1924.

El Habanero. Papel político, científico y literario, re-
 dactado por F. VARELA, Filadelfia, 1825.

Por Cuba. Discursos de ENRIQUE JOSÉ VARONA, La Ha-
 bana, 1918.

ENRIQUE JOSÉ VARONA, *De la Colonia a la República.*
 La Habana, 1919.

JOSÉ VASCONCELOS, *La raza cósmica*, París, [s. a.]

La Verdad, Nueva York, 27 agosto 1850.

N. VIDAL PITA, *Cómo murió Julio Grave de Peralta*, Hol-
 guín, 1919.

La República de Cuba, por ANTONIO ZAMBRANA, Nueva
 York, [s. a.]

Las insurrecciones de Cuba, Apuntes para la historia po-
 lítica de esta isla en el presente siglo, por D. JUSTO
 ZARAGOZA, Madrid 1872-1873, 2 ts.

INDICE

| | Págs. |
|---|-------|
| Palabras de Varona | 7 |
| Introducción | 9 |
| Cuadro sinóptico | 15 |
| <i>Siempre vence el que sabe morir.</i> JOSÉ MARÍA HEREDIA | 23 |
| <i>Cuba libre, o aquí fué Cuba.</i> . GÁSPAR BETANCOURT CISNE- ROS | 27 |
| <i>Ve, cumple con tu deber, y que cuando vuelva a abrazarte seas un hombre libre</i> ANA JOSEFA DE AGÜERO . . | 31 |
| <i>Y ese pueblo ¿qué hace?</i> JOAQUÍN DE AGÜERO | 35 |
| <i>Díganle que ya tarda en venir.</i> FERNANDO HERNÁNDEZ ECHA- RRI | 39 |
| <i>Mi muerte no cambiará los des- tinos de Cuba</i> NARCISO LÓPEZ | 43 |
| <i>O España concede a Cuba dere- chos políticos, o Cuba se pier- de para España</i> JOSÉ ANTONIO SACO | 47 |
| <i>No importa, vamos adelante, que el sol sale para todo el mundo.</i> FÉLIX VARELA | 51 |
| <i>¡De prisa, de prisa!</i> RAMÓN PINTÓ | 55 |
| <i>Me estoy ensayando para subir las gradas del patíbulo</i> . . . FRANCISCO ESTRAMPES | 59 |
| <i>Yo siempre he estado bien con Dios</i> JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO | 63 |

| | <u>Págs.</u> |
|--|---|
| <i>Aún quedamos doce hombres: bastan para hacer la independencia de Cuba</i> | CARLOS MANUEL DE CESPEDES 67 |
| <i>Por mí y por ti, lucha por la libertad</i> | ANA BETANCOURT 71 |
| <i>Si debo morir bajo los escombros de este edificio para que triunfe la santa causa, que no detengan un instante el fuego del cañón</i> | JUANA DE LA TORRE 75 |
| <i>Yo les había enseñado el camino</i> | JOSÉ VICTORIANO BETANCOURT 79 |
| <i>¡Muero satisfecho porque es por la patria, por la libertad de mis hermanos!</i> | FRANCISCO LEÓN 83 |
| <i>¡Vengan a ver cómo pelea un general cubano!</i> | ANGEL DEL CASTILLO 87 |
| <i>¡Muere un hombre, pero nace un pueblo!</i> | DOMINGO DE GOICOURÍA 91 |
| <i>¡Hasta muy pronto, hermano mío!</i> | GASPAR AGÜERO 95 |
| <i>¡Morir por la patria es vivir!</i> | PEDRO FIGUEREDO 99 |
| <i>Mi hijo juró vencer o morir. Morir por la patria es su gloria.</i> | JUAN. DÍAZ DE VILLEGAS 103 |
| <i>No quiero salvar el lago de sangre que nos separa</i> | VICENTE MORA 107 |
| <i>¡Los Boza no se presentan jamás! ¡Fusílenos!</i> | GREGORIO BOZA 111 |
| <i>¡Con la vergüenza!</i> | IGNACIO AGRAMONTE 115 |
| <i>Soldado de la patria</i> | BERNABÉ DE VARONA 119 |
| <i>¡Ése, ése es mi hijo Calixto!</i> | LUCÍA ÍÑIGUEZ 123 |
| <i>¡Cuán digno es morir por una causa justa y santa!</i> | ANTONIO LUACES 127 |
| <i>Los hombres de mi clase sabemos morir, pero no deshonrarnos.</i> | IGNACIO MORA 131 |

| | <u>Págs.</u> |
|---|--|
| <i>Y tú, empínate, que ya es tiempo de que peeles por tu patria.</i> | MARIANA GRAJALES 135 |
| <i>Nada tengo mientras no tenga patria</i> | FRANCISCO VICENTE AGUILE- RA 139 |
| <i>La vida se me va lejos de tu sol... ¡Oh Cuba de mis ensueños!</i> | FRANCISCO DE FRÍAS 143 |
| <i>¡La patria vale más que la vida!</i> | RAMÓN SANTANA 147 |
| <i>¡Inocentes!</i> | FERMÍN VALDÉS DOMÍNGUEZ 151 |
| <i>¡Seguir hasta llegar!</i> | CIRILO VILLAVEVERDE 155 |
| <i>Soñaba con Cuba</i> | AMBROSIO JOSÉ GONZÁLEZ 159 |
| <i>Los preparativos de Martí, muchos o pocos, los encontraré suficientes para lanzarme a la campaña</i> | SALVADOR CISNEROS BETANCOURT 163 |
| <i>El hombre, conforme; lo he conquistado</i> | MANUEL DE LA CRUZ 167 |
| <i>¡Las armas están en la conciencia de cada uno de vosotros!</i> | GONZALO DE QUESADA 171 |
| <i>Queremos la independencia para todos</i> | BARTOLOMÉ MASÓ 175 |
| <i>Para mí, ya es hora</i> | JOSÉ MARTÍ 179 |
| <i>Ahora vengo a buscarlo para defender la patria</i> | JUAN BRUNO ZAYAS 183 |
| <i>¡General, han matado al Presidente!</i> | ANGEL DE LA GUARDIA 187 |
| <i>¡Yo soy cubano, y rueden los cielos si no ha de triunfar en mi patria la justicia!</i> | MANUEL SANGUILY 191 |
| <i>Necesito practicar lo que propagué</i> | ISABEL RUBIO 195 |
| <i>¡Morir luchando sobre los campos de la patria o desaparecer aquí, todo es igual!</i> | CALIXTO GARCÍA 199 |

| | Pág. |
|--|------|
| <i>La libertad se conquista con el filo del machete, no se pide.</i> ANTONIO MACEO | 203 |
| <i>Me han matado. Eso no es nada. Siga la marcha</i> SERAFÍN SÁNCHEZ. | 207 |
| <i>¡Viva Cuba libre!</i> ANTONIO LÓPEZ COLOMA. | 211 |
| <i>¡Yo voy a morir al lado del General!</i> FRANCISCO GÓMEZ TORO. | 215 |
| <i>Cuba será libre por sólo el esfuerzo de sus hijos</i> ADOLFO DEL CASTILLO | 219 |
| <i>¡Todo por Cuba!</i> JOSÉ LACRET MORLOT | 223 |
| <i>Soy extranjero, errante y peregrino en tierra de la patria.</i> JUAN ARNAO | 227 |
| <i>Ahora sí se ve claro</i> JESÚS RABÍ | 231 |
| <i>Céspedes fué la fe en la revolución; Martí, el profeta de la independencia</i> TOMÁS ESTRADA PALMA. | 235 |
| <i>Creo que ya hemos llegado</i> MÁXIMO GÓMEZ | 239 |
| <i>Escolio</i> | 243 |
| <i>Bibliografía</i> | 247 |

OTRAS OBRAS DEL AUTOR

- Tranquilino Sandalio de Noda.* La Habana, 1910.
Cirilo Villaverde. La Habana, 1911.
José Victoriano Betancourt. La Habana, 1912.
El Ferrocarril a los Remates de Guane. La Habana, 1913.
Ramón Lazo. La Habana, 1914.
El Municipio de Ramón Lazo. La Habana, 1914.
Gonzalo de Quesada. Pinar del Río, 1915.
Los Arroyos de Mantua, puerto habilitado para el tráfico marítimo. La Habana, 1915.
Próceres Occidentales. La Habana, 1915.
Una heroína cubana. Pinar del Río, 1918.
Ensayo histórico de Pinar del Río. Pinar del Río, 1919.
Guáimaro. (En colaboración con Néstor Carbonell). La Habana, 1919.
Carlos Manuel de Céspedes. (En colaboración con Néstor Carbonell). La Habana, 1919.
El Ayuntamiento de La Habana. (En colaboración con Néstor Carbonell). La Habana, 1919.
Historia de Mantua (Pinar del Río). La Habana, 1923.
Vuelta Abajo en la independencia de Cuba. (Discurso leído en la Academia de la Historia de Cuba). La Habana, 1923.
Pinar del Río. Informe acerca del proyectado cambio de nombre de la provincia de Pinar del Río por el de Occidente. La Habana, 1925.
Cuba en 1826. (Discurso leído en la Academia de la Historia de Cuba). La Habana, 1926.
Manifiesto a los profesionales de La Habana. La Habana, 1926.
Leandro González Alcortá. La Habana, 1926.
Del pasado glorioso. La Habana, 1927.
Libro conmemorativo de la inauguración de la plaza del Maine en La Habana. La Habana, 1928.
Actas de las Asambleas de Representantes y del Consejo de Gobierno durante la Guerra de Independencia. (Recopilación e introducción en colaboración con Joaquín Llaverías). La Habana, 1928-1933, 6 ts. (Academia de la Historia de Cuba).